

Ahora, el campo griego está animado por viva -- agitación, porque Aquileo y Agamenón discutieron, y Aquileo retiró sus tropas; él mismo permanece enfadado en su tienda.

La madre de Aquileo es justamente aquella Tetis a quien se le hizo el banquete de bodas hace ya muchos años, y que fue el origen del conflicto. Tetis no podía soportar ver a sus hijos desgraciados, por lo que ruega a Zeus que castigue a Agamenón, y el dios envía un mensajero a Héctor, el más valiente de los troyanos, y le promete grandes victorias sobre los griegos.

Enardecidos por ese aliento, los troyanos avanzan fuera de los muros de su ciudad; mientras Héctor y Paris se acercan a los guerreros griegos, advierten a Menelao, el de los cabellos rubios, que conduce su ejército a través de la llanura. Héctor reprocha a Paris haber provocado esta gran guerra, consecuencia del rapto de Helena.

Paris propone decidir la cuestión con un combate cuerpo a cuerpo con Menelao. Héctor ordena a su ejército hacer alto, y los heraldos proclaman el desafío. Todos se ponen de acuerdo para declarar victorioso al bando de aquél que venza en el duelo. Ambos ejércitos se han dispuesto para contemplar el espectáculo de la lucha a muerte entre Paris y Menelao.

Paris se arroja contra Menelao con su larga lanza de punta aguda, pero ésta resbala en el escudo con que se protege Menelao. El espartita arroja su lanza con fuerza, perfora el escudo de Paris, y a través del escudo, la coraza; pero Paris salta y no sufre mal alguno. Entonces Menelao, el de los cabellos rubios, se lanza so-

bre Paris y le rompe en el casco su hermosa espada. Exasperado, atrapa con las manos el casco del príncipe troyano, que arroja a tierra. Pero Afrodita protege a su favorito; lo rodea de una nube negra y lo transporta detrás de los muros de la ciudad.

De esta manera, la guerra habría terminado, si los dioses no hubieran decidido otra cosa. Hera, furiosa con Zeus por haber salvado a Troya de la destrucción, lo hostiga, hasta que el dios consiente en dejar que la guerra continúe.

Los troyanos tienen de su parte a Apolo, el arquero, y a Ares, el dios de la guerra. No obstante su valor, los griegos se ven rechazados por los troyanos hasta sus navíos. Sintiendo la ausencia del poder de Aquileo y de sus hombres, el rey Agamenón le hace ofrecimiento de paz y le promete numerosos presentes. Aquileo rehusa a todo y permanece en su tienda.

Los troyanos, con el apoyo de Zeus, logran nuevas victorias. Agamenón, Ulises y Diomedes resultan heridos. Los griegos, perseguidos por los troyanos, se ven obligados a abandonar sus posiciones, y se llega a combatir en torno de los mismos navíos.

En ese momento, Patroclo, el amigo más querido de Aquileo, le suplica que conduzca sus hombres contra el enemigo. Aquileo se niega, pero permite a Patroclo que vista su armadura. Patroclo, a la cabeza de las tropas de Aquileo y llevando su armadura, alcanza a las tropas griegas y hace retroceder a los troyanos hasta las defensas de su ciudad. Delante de los muros de Troya, Héctor se bate con Patroclo, lo mata, le quita la gloriosa armadura de Aquileo y lo aban-

dona. Los guerreros acuden a recoger el cuerpo de su camarada, y la lucha recomienza con violencia.

Cuando Aquileo se entera de la muerte de su amigo, grande es su desesperación y terrible su cólera; sin armadura se precipita a ayudar a los hombres a conducir al campo el cuerpo de Patroclo. Tetis, la madre de Aquileo, pide al herrero de los dioses, Hefesto, que haga una nueva armadura para Aquileo. El dios trabaja con ardor y forja un gran escudo hecho de cinco capas de metal y ricamente adornado de oro y plata; hace una coraza más reluciente que el resplandor del fuego, un casco de cimera de oro y dos gomas de dúctil estaño; Aquileo viste la armadura que le da Tetis, se reconcilia con Agamenón y se apresta a conducir a los guerreros griegos al campo. Puesto que Agamenón ha rendido homenaje a Aquileo, Zeus retira la protección que había acordado a Troya; así, en esta guerra, los dioses lucharon tanto como los hombres.

Ares, el dios de la guerra; Apolo, el arquero; Afrodita, la alegre; y Artemisa, la diosa de los arqueros, estaban de parte de los troyanos.

Poseidón, el dios del mar, Hermes, el mensajero; y Hefesto, el herrero, asistían a los griegos.

Los troyanos, aterrados por la llegada de Aquileo, suplican a Héctor que se retire detrás de los muros de la ciudad, pero Héctor no quiere dejarse intimidar. Nuevamente la batalla estalla con violencia.

Alentados por Aquileo, los griegos rechazan a los troyanos hasta las puertas mismas de la ciu

dad, que se abren para dejarlos entrar; los griegos también estuvieron a punto de lograrlo, pero entonces Apolo infunde gran valor a Agenor, un valiente guerrero troyano, que se adelanta para medirse con Aquileo. La lanza de Agenor rebota en la armadura de Aquileo, pero cuando éste a su vez, emprende el ataque, Apolo hace desaparecer al bravo Agenor para ponerlo a salvo, y el dios mismo toma su lugar. Retrocediendo, hace adelantar a Aquileo dentro de la ciudad, mientras que el grupo de los soldados troyanos se introduce para huir del ejército enemigo.

Cuando Aquiles comprende que el guerrero que persigue es un dios, se irrita contra él, pero ya no lo sigue. Se vuelve y corre hasta las puertas y a través de la llanura. Allí se encuentra con Héctor, que está entusiasmado ante la idea de combatir contra el famoso Aquileo. Es en vano que el rey, su padre, y la reina, su madre, le rueguen que se refugie del otro lado de la puerta. Pero en el momento que Aquileo se aproxima con su gran lanza levantada, Héctor es presa de gran temblor, vuelve las espaldas y huye. Aquileo, el de los pies ligeros, se lanza en su persecución; por tres veces corren alrededor de la ciudad, manteniéndose siempre Aquileo entre Héctor y las puertas; en la cuarta vuelta, Atenea se le aparece a Aquileo y le pide que descanse un momento, luego, tomando la forma de Deffobos, el amigo de Héctor, Atenea se aproxima a éste y le ofrece ayudarlo en la lucha.

Así, animado, Héctor se vuelve para enfrentarse con Aquileo. Aquileo hace volar su larga lanza, pero Héctor, que se halla en guardia, para el golpe, y la lanza pasa por encima de él, sin

herirlo. Pero Atenea, sin que Héctor lo sepa, recoge la lanza y se la devuelve a Aquileo. En tanto, es Héctor quien arroja la suya; golpea el escudo de Aquileo en su parte media y rebota. Héctor se vuelve rápidamente para pedir otra a Deffobos, pero viendo que su amigo ya no está a su lado, comprende que los dioses lo han abandonado y que está perdido.

Héctor toma su espada, Aquileo levanta su lanza para golpear de nuevo; la vieja armadura de Aquileo, tomada del cadáver de Patroclo, cubre el cuerpo de Héctor, pero la armadura está perforada a la altura del cuello. Aquileo apunta justo a esta entrada. Héctor cae. Aquileo ha vengado a su amigo. En su agonía, Héctor pide: "Permitid que mi cuerpo sea devuelto a los troyanos para que se le rindan los honores fúnebres". Aquileo responde severamente: "No me pidáis tal cosa; el matador de Patroclo no recibirá jamás honores fúnebres, descansará en la tumba del deshonor".

Después, Aquileo arranca la armadura del cuerpo de Héctor, amarra el cadáver a su carro y lo arrastra hasta el campo donde el cuerpo de Patroclo espera ser enterrado.

En los muros de la ciudad, el rey Príamo y la reina lloran a su hijo caído. Al oír los gemidos de la reina, la mujer de Héctor, Andrómaca, la de los brazos blancos, se adelanta y ve que el cuerpo de su amado esposo es arrastrado hasta las tiendas griegas. Tiembla por la muerte de su marido, tiembla por sus hijos huérfanos y por la noble ciudad de Troya.

Tras las defensas de los griegos, Aquileo hace apresurar los funerales de Patroclo. El señor

Agamenón envía hombres con mulos a buscar gran cantidad de leña para la pira funeraria. Los héroes cortan algunos bucles de sus largos cabellos y los colocan sobre el cuerpo de su camarada. Se sacrifican animales, que se colocan sobre la pira, y el enorme fuego arde toda la noche. En la mañana se apagan las llamas y se colocan las cenizas de Patroclo en una urna de oro.

Toda la ciudad de Troya llora la muerte de Héctor y se lamenta porque Aquileo no quiere devolver su cuerpo para que reciba las honras fúnebres. Príamo hace preparar, por su gente, un carro lleno de tesoros, que el viejo rey conduce por sí mismo, por las puertas de la ciudad y por la llanura hasta el campo de los griegos. Va hacia Aquileo y le suplica le devuelva el cuerpo de su hijo a cambio del real rescate. Aquileo, apiadado, acepta la ofrenda y autoriza al rey a llevarse el cuerpo. Con los funerales de Héctor concluye la Ilíada de Homero.

Por otras historias se sabe que los griegos terminaron por vencer a los troyanos. Luego de diez años de guerra, lejos de sus hogares, gran número de griegos estaba dispuesto a terminar la lucha y retornar a su amada patria. En ese momento, Ulises sugiere un plan ingenioso.

Siguiendo sus instrucciones, los guerreros construyen un enorme caballo de madera en cuyo interior se ocultan numerosos guerreros, entre ellos Ulises y Menelao. Con la excepción de un hombre valiente, todos los demás griegos abordan sus navíos y se alejaron como si por fin hubieran renunciado al sitio.

El caballo de madera quedó en la playa. Cuando

vieron a los griegos abandonar el campo y hacer se a la mar, los troyanos manifestaron gran alegría.

El extraño caballo de madera excitaba su curiosidad y bajaron a la playa para examinarlo. -- Allí encontraron al único griego que había quedado, y él les explicó que el caballo era una ofrenda a los dioses y que, si los troyanos quisieran llevarlo a la ciudad, se salvarían. Entonces, los troyanos, muy alegres, arrastraron el caballo de madera hasta la ciudad. Como era muy grande para pasar por las puertas, fue necesario hacer una brecha en las murallas.

Durante la noche oscura y silenciosa, los griegos hicieron virar sus navíos y regresaron a la costa troyana. Los guerreros, con pasos furtivos y sin ruido, atravesaron la llanura y alcanzaron la ciudad.

Ulises y sus compañeros salieron de los flancos del caballo y abrieron las puertas a los sitiadores; entonces los griegos pudieron por fin -- cumplir su venganza. La ciudad de Troya fue saqueada y tomada, y la hermosa Helena, por fin, de vuelta a Menelao.

LA ILIADA (Fragmentos)

Se trata de la intervención de la diosa Palas -- Atenea en la querrela entre Aquiles y Agamenón.

"Díjole Palas Atenea la diosa de los brillantes ojos: "Vengo del cielo para apaciguar tu cólera, si obedecieres. En caso de disputar, no --

desenvaines la espada e injuriadle de palabra -- como te parezca. Lo que voy a decir se cumplirá: Por este ultraje se te ofrecerán un día -- triples y espléndidos presentes. Domínate y -- obedécenos.

Contestó Aquiles, el de los pies ligeros: "Preciso es, oh diosa, hacer lo que mandáis, aunque el corazón esté muy irritado. Obrar así es lo mejor. Quien a los dioses obedece, es por -- ellos muy atendido". Dijo, y puesta la robusta mano en el argenteo puño, envainó la enorme espada y no desobedeció la orden de Palas Atenea".

Homero.

INICIACION LITERARIA

En la Odisea vemos a una hermosa doncella en la persona de la princesa Nausicaa, la que desea -- la bienvenida a Ulises y lo lleva a la corte de su padre. Siempre se la ve atractiva y fresca, ya se ocupe de lavar su ropa para el día de su boda o juegue a la pelota con sus compañeras a la orilla del río, mientras se seca la ropa de blancura de nieve. Calipso es "una diosa terrible y ningún dios o mortal tiene amistad con -- ella", dice Ulises.

Circe y las sirenas son únicamente dañinas; -- quieren atraer a los hombres hacia su perdición. Pero, sin embargo, cuando Ulises ha vencido a -- Circe, ésta le da consejos valiosos para que continúe su viaje. Ulises habla de su país: Itaca, de cara clara, isla brava, pero una buena -- niñera para la noble juventud". Y añade: "No -- hay nada que sea más dulce para el hombre que --

su patria y su familia, cuyo recuerdo lo persigue hasta en las residencias más ricas, lejos, en un país extranjero".

Lo que sostiene a Ulises durante sus grandes aventuras es el amor al hogar y a la patria.

En cuanto a la topografía de la Odisea, si se estudia un mapa de la cuenca del Mediterráneo, se pueden señalar en él los viajes de Ulises. El ataque contra los ciconios lo había llevado hasta la extremidad del mar Egeo. Arrojado por la tempestad, el barco retrocedió por el mar Mediterráneo hasta la costa de Africa. El país de los lotófagos, esto es, comedores de lotos, se encontraba exactamente al sur de Túnez.

Después el héroe navegó hasta el país de los cíclopes, en la costa de Italia, un poco al norte de la bahía de Nápoles. Eolia es una isleta al norte de Sicilia. El barco fue arrojado hasta allí, cuando ya había llegado a Italia.

De Eolia, Ulises navegó a lo largo de la costa italiana hasta la isla de Circe, que se encontraba al sur del Tíber. Al dejar la isla de Circe, Ulises descendió a lo largo de la costa mediterránea.

Las islas de las sirenas son tres islas rocosas que se hallan cerca de la bahía de Nápoles. La leyenda de las sirenas nació después de numerosos naufragios que sucedieron en esos lugares. Luego había que atravesar un paso estrecho; a un lado había un escollo contra el cual, en mal tiempo, los barcos eran arrojados y al cual se relaciona la leyenda de Escila, el monstruo devorador de hombres.

En este mismo estrecho había un remolino que --

dió luz a la leyenda de Caribdis. La isla del sol se encuentra en el punto sur de Sicilia, -- cerca de Siracusa. Los mapas del tiempo de Homero colocan la isla de Calipso exactamente al sur de Cerdeña, pero en este lugar no hay isla.

Sin embargo, otra isla muy parecida a la que -- describe Homero ha sido descubierta del otro lado del mar Mediterráneo, cerca de España. De la isla de Calipso, Ulises se fue a la de los feacios, hoy conocida con el nombre de Corfú, -- en el mar Jónico. Como lo indica el mapa, la distancia entre Corfú e Itaca, al seguir la costa occidental de Grecia, es muy corta.

Conviene el conocimiento de todos estos detalles, para una mejor comprensión del Argumento: Según la leyenda, Ulises era el rey de la isla Itaca, que existe realmente a lo largo de la costa occidental de Grecia. En la costa, cerca de los Dardanelos, se levantaba la ciudad de Troya o Ilión, según la llamaban los griegos.

Homero tomó de este nombre el título de su primer poema, la Ilíada. La primera parte de la Ilíada describe a Ulises como un jefe muy hábil, el que en los juegos organizados por Aquileo se revela también gran atleta. Fue él quien sugirió a los griegos la idea de esconder soldados en un gran caballo hueco, el cual, con astucia, debía introducirse en la ciudad misma de Troya. Gracias a esta idea, los griegos vencieron la guerra.

En vez de regresar directamente a su isla después de la caída de Troya, como hicieron los demás héroes griegos, Ulises puso rumbo al norte. Cuando los víveres comenzaron a escasear, atacó la expedición a una ciudad de los ciconios pa-

ra abastecerse, pero a costa de la vida de varios hombres. Una violenta tempestad se desencadenó y llevó la flotilla hacia el sur, hasta la costa de Africa, al país de los lotófagos.

Algunos griegos no pudieron resistir la curiosidad de probar esos manjares, pero el loto es la flor del olvido, y los que lo habían comido, perdieron en seguida el recuerdo de su hogar y de su familia.

Ulises tuvo muchas dificultades para hacerlos embarcar de nuevo y se apresuró a levar anclas. Llegaron al país de los cíclopes, una raza extraña de monstruos de un solo ojo.

Los griegos desembarcaron en una isla vecina, y al llegar la mañana, Ulises mandó a sus marineros que lo esperasen, mientras iba de exploración en busca de los cíclopes. Acompañado por doce hombres de confianza, desembarcó en la isla y llegó a una caverna llena de corderos, cabritos y quesos. Sus hombres quisieron marcharse inmediatamente, llevando a los barcos todas las provisiones que pudiesen, pero Ulises los obligó a esperar hasta que regresasen los habitantes de la caverna.

Al ponerse el sol, el cíclope Polifemo hizo su aparición; era un enorme gigante cuyo único y enorme ojo estaba colocado en medio de su frente. Era pastor y entró en la gruta conduciendo su rebaño delante de sí. Luego alzó una gran piedra y cubrió la entrada. Cuando hubo encendido el fuego, descubrió a Ulises y a sus compañeros que se habían escondido en un rincón. Ulises le dijo que era griego, así como sus compañeros, y que la tempestad los había arrojado hasta allí.

El monstruo se echó a reír y, tomando a dos de los hombres, les arrancó los sesos y cenó su carne. Al fin, el sueño lo venció, y mientras dormía, Ulises buscaba un medio para escapar.

Como los hombres no podían mover la piedra que bloqueaba la entrada, no servía de nada dar muerte al gigante. Al día siguiente, por la mañana, el gigante se comió a otros dos hombres y salió de la caverna, pero sin olvidar cerrarla con la gran piedra.

Ulises y los ocho hombres que quedaban estuvieron prisioneros todo el día en la oscura caverna. Esa tarde, después que el cíclope hubo devorado otros dos hombres, Ulises le hizo beber un vino espirituoso. Tan luego como el gigante cayó en un sueño profundo, los hombres le reventaron el ojo único, con un hierro candente, y luego se cuidaron bien de quedar fuera de su alcance, mientras transcurría la noche.

A la mañana siguiente, el gigante, ciego, descubrió la abertura de la caverna para dejar pasar a su rebaño, mientras, a tientas, tocaba sus animales con el fin de sorprender la salida de los hombres. Pero Ulises había atado las ovejas en grupos de tres, y los hombres se escondieron bajo el vientre de la oveja de en medio; Ulises mismo se agarró a un gran macho cabrío, y así todos pudieron salir de la gruta sin molestia.

Delante de la entrada de la cueva, el cíclope estaba implorando a su padre Poseidón, el dios del mar, para que castigase a Ulises, y su pedido fue escuchado. Los griegos se dirigieron hacia la isla en la cual vivía Eolo, el dios de los vientos, el cual los acogió amablemente.

Al despedirse los griegos, el dios les entregó